

Repasando nuestra historia patria

Managua del siglo XVIII

En 1883, la monotonía aldeana de Managua fue interrumpida en esa época con la aparición de un extraño personaje de aspecto nazareno; era de Palestina, de mediana estatura, que vestía túnica escarlata y portaba una pequeña cruz de madera. Serena y dulce la mirada, voz suave y reposada, se paraba en las esquinas y hablaba en parábolas como Jesucristo. Lo seguía curiosa la chiquillería y aun los viejos, y le escuchaban con respeto. Nadie osaba interrogarle, solamente un mal hombre le trató de loco y arrebatándole la cruz le dio con ella dos espaldarazos. Todos reprobaron la acción canalesca de aquel truhán, que se reía de lo que acababa de hacer. El peregrino recogió su cruz, miró a su gratuito ofensor y le dijo sentenciosamente estas palabras de Jesús: "Con la vara que mides serás medido".

A la mañana siguiente amaneció la novedad de que al malvado hombre lo habían apaleado unos individuos, en un bochinche, la noche anterior, por las afueras de Managua. Este jayán era de apellido Pinzón, y de pésima conducta.

El misterioso personaje no se hospedaba en ninguna parte. No se le vio comer ni pedir nada. Solamente una vez solicitó agua que le dieron en una botella que él portaba. Oró y luego apuró el agua que se había tornado roja como sangre. Se llamaba Zacarías Esquilach, de Nazareth y de 54 años.

Desapareció sin saberse más de él. Todavía viven en Managua personas alrededor de 70 años de edad, que recuerdan de este extraño sujeto.

* *Managua ya tiene un hotel: el Hotel Brown.*

En esta administración del general Zavala, el Gobierno en 1883 estableció la Escuela de Artes y Oficios con profesores traídos de Francia y bajo la dirección del ingeniero Monsieur Ronfaut. Hay talleres de mecánica, ebanistería, carpintería y encuadernación. Este taller fue dirigido por Monsieur Enrique Bernard, el primer encuadernador que vino a Nicaragua, recién fallecido a una avanzada edad.



Estación del Ferrocarril en Managua Siglo XVIII

El Taller Central es ahora el primer centro mecánico de la República y funciona bajo la dependencia de la Empresa del Ferrocarril.

Hubo unos disturbios en los departamentos del norte que fueron debelados a tiempo por las fuerzas del Gobierno, comandadas, por el general Vélez. Siguió a esto la expulsión de los Jesuitas, lo que causó alguna conmoción en el pueblo; pero que obedecía a una medida de orden público.

Con la llegada del Dr. Adán Cárdenas al poder, continúa progresando la capital.

El ingeniero Mr. Theo E. Hocke construye la esquina SE. del Palacio Nacional y parte de la otra oriental.

Se inaugura el ferrocarril de Managua a Masaya el 5 de abril de 1885: obra de empuje para la República. La gente timorata le tenía miedo al tren.

Las diligencias de don Pedro Ruiz Tejada, especie de carromatos tirados por mulas, caen en desuso. Por muchos años hicieron el tráfico de pasajeros a Granada y Masaya. Quedaron haciendo viajes a Diriamba y Rivas.

Don Federico Solórzano trae el primer coche tirado por caballos. El Presidente Cárdenas usa otro y don Marcial Solía trae otro coche de alquiler que pone al servicio del público. La estación del ferrocarril es construida frente al Cuartel Principal, donde es hoy el parque Frixione.

En 1884 Managua ve otra innovación: es un carretón de un caballo que cruza las calles polvosas de la ciudad para ir a la estación a la hora de tren y al Mercado Central, en busca de carga.

Ya hay varias tiendas casi todas en la Calle del Aluvión.

Citaremos las principales: En la Casa del Aguilar la ferretería del don Guillermo Jericho, la primera en su género llegada a Managua; tienda de géneros de don Enrique Low, de Morris y Heiden, de los hermanos Wheelock, de don Pablo Grommeyer, de "don José Angel Robleto, de don Regino García, de don Joaquín Elizondo e hijos, de don Carlos Huete Herrera, de don Alberto Peter, botica de don Gustavo C. Lembke, botica "El Globo" de los don Adán Cárdenas y Marcos Telásquez, y la de don Pastor Guerrero.

En 1885 la guerra de Barrios en Guatemala conmueve a todo Centro América. En Managua hay alistamientos militares y el progreso de la ciudad se aletarga.

El 11 de abril del mismo 85, a las 9 de la noche, un fuerte temblor sacude a la capital; hace muchos estragos, principalmente en León, donde cayeron muchas casas. En esa ciudad murió aplastada por una pared, la esposa de don Otto Schiffmann. En Managua, murieron dos personas y se deterioraron los templos de San Miguel y la parroquia.

Así que vuelve la tranquilidad vuelven también aires de prosperidad con la subida del precio del café.

Hay más casas de pisos; la gente del campo viene a vivir a la ciudad. Ya no se va a traer el agua al lago porque se han abierto muchos pozos. Algunos tienen bomba para extraer el agua.

Aparece un periódico: "El Porvenir", del Dr. Jesús Hernández Somoza, con miras políticas.

En 1886 aparece "El Mana-

güense", de don Fabio Carnavallini, también de índole política.

Ya Managua come tallarines, fideos y macanones que fabrica el italiano Juan Mollo, quien también tiene repostería en la Calle del Aluvión. Al principio la gente comía con asco los fideos porque creían que eran gusanos.

No había policía urbana. Una ronda compuesta de cinco o seis soldados bajo el mando de un oficial que iba a caballo, y a quien la voz popular llamaba Chingos era la que hacía la vigilancia de la población.

El bajo pueblo vivía en constante zozobra porque en las noches, y por los suburbios, salía la Zegua y la Carreta Nagua que asustaban a la gente sencilla con el fin de robar. Indudablemente tales espantajos eran ladrones que disfrazados a la sombra de la noche y en aquel ambiente de ignorancia y de sencillez, hacían de las suyas en contra del haber del prójimo.

• Un juez de agricultura se encargaba de dirimir los asuntos entre el patrón y el operario que siempre era el perdidoso porque existía una ley incongruente, atrabilaria e inhumana, como resto del odioso feudalismo. Si en los libros del patrón estaba apuntada la deuda, el operario tenía que pagar irremisiblemente trabajando en la hacienda; o los chingos se encargaban de llevarlo a la cárcel: y aquella era una deuda caribe que nunca se acababa de pagar. Pudiéramos citar casos concretos de patronos que aparecían asesinados a traición por un hostigado operario.

Citaremos unas anécdotas del Presidente Dr. Adán Cárdenas que revela su gran carácter y

su elevado espíritu. Un ciudadano de Managua, del barrio de San Antonio, era furibundo enemigo de ese Gobierno y vivía atacando por la prensa al Dr. Cárdenas. Una vez la esposa de aquel sujeto se enfermó gravemente de una fuerte hemorragia. . Alguien le dijo que el Dr. Cárdenas era el único médico que podía curarle a su esposa. El otro objetó que eso no podía ser puesto que él era enemigo del doctor y que éste lo que haría sería matársela más pronto; pero tanto le instaron y en vista de que la señora estaba grave, que el hombre ocidió al Palacio a buscar al Presidente.

Ya eran horas avanzadas de la noche y un ayudante le dijo que el Señor Presidente estaba ya recogido en sus aposentos. El hombre tanto suplicó e insistió que el ayudante le avisó al Dr. Cárdenas, y éste sabiendo que era el médico a quien buscaba su enemigo y no al funcionario, acudió presuroso con su valija y juntos fueron a ver a la enferma, sin permitir el doctor Cárdenas que le acompañara ningún ayudante. El médico vio a la enferma y la salvó de una muerte segura, pues el caso era grave. El Dr. Cárdenas no cobró ni un centavo a su enemigo político; pero éste, en lo sucesivo fue el mejor amigo y el más ardiente defensor del Presidente Cárdenas.

Al salir de la presidencia estaba tan pobre como cuando había entrado. Con el Dr. Marcos E. Velásquez formó una sociedad y pusieron una botica que se llamaba El Globo.

En ocasión en que don Alfredo Pellas iba a Europa, su amigo el Presidente Cárdenas le encargó le trajera un par de chapitas que quería obsequiarle a su esposa doña Asunción, ya que en Managua no había una joyería donde comprar tal prenda. Don Alfredo fue y regresó con el encargo "que mostró al doctor junto con la factura que dio al joyero europeo.

-Muy bien- dijo el Dr. Cárdenas- Están preciosas las chapitas; pero no veo la factura de la Aduana.

-No, doctor contestó Pellas- no hubo necesidad de pagar aduana porque yo traía las prendas en el bolsillo de mi chaleco y no me las vieron . . . Además, se trataba de un objeto para el Señor Presidente..

Pasa a la Página 9